

Marisa observa la luna con la cabeza apoyada en el vientre de su hermana Marina. Aunque el incesto era el tabú más extendido culturalmente, no le parecía ninguna atrocidad, y menos tratándose de mujeres libres.

Ni siquiera era lesbiana, aunque no le importaría.

Simplemente amaba a su hermana tanto como a sí misma y para ella aquel amor constituía su única religión.

Parecían idénticas, aunque sus vidas resultaban diametralmente opuestas.

Una había estudiado ingeniería y la otra filología.

Ella era la filóloga, lo cual significaba que estaba en paro, mientras su hermana tenía muchísimo trabajo.

Esa noche Modu las había colmado de placer.

Le llamaban el hombre-máquina y él se mostraba ufano.

Ellas preferían que luego se fuera a dormir a su casa porque, aunque era un cielo, les resultaba agotador no sólo físicamente, sino también porque debían hacer un gran esfuerzo para comprenderle.

Alguna vez ella se había ofrecido a darle clases de español, pero en realidad no estaba interesado más que en el sexo.

Sinceramente, lo que más les gustaba de él no era su físico, a pesar de esos músculos que parecían los de una escultura de ébano; sino su dulzura y sensibilidad.

Lástima que nunca pudieran tener ninguna conversación interesante.

Tampoco era el único hombre en sus vidas, ya que a veces salían con chicos separadamente y les gustaba intercambiárselos en secreto.

Suponía que para muchos aquello suponía una perversión, pero ellas lo consideraban un modo de protesta contra las injusticias sociales en un mundo donde hasta las relaciones íntimas debían estar estereotipadas y los cuerpos vigilados.

También les parecía que el sueño de la Europa del bienestar y la igualdad se estaba yendo al traste por culpa de una horrible mentalidad ambiciosa y egoísta que imperaba sobre la justicia y la equidad.

Ellas, desde niñas, sabían que nada hay mejor que la ecuanimidad.

Lo cierto es que todo podía compartirse con los demás y no por ello ser menos feliz, sino mucho más.

Amar es compartir y compartir es vivir, se decía convencida de ello.

Por eso hay tanta gente infeliz hoy en día, y no me extraña.

La verdad es que esta sociedad tan desarrollada lo que se ha vuelto es mezquina, tacaña, interesada y miserable.

Así no vamos a ningún lado, y tenemos que hacer algo ya.

Aprovechando que estoy en el paro, como miles y miles, millones de jóvenes de mi edad, me he vuelto realmente activa políticamente.

Desprecio profundamente a los dos partidos que luchan por el poder y que sólo lo emplean para su propio interés.

Supongo que debería existir muchísima más intervención de las personas en cuanto a la gestión de sus necesidades.

Casualmente, después de haberles propuesto a un par de amigas en el mes de marzo el promover una revuelta de estudiantes yendo a los institutos para concienciar a los más jóvenes de su difícilísima situación, ellos solitos se habían declarado en huelga, y con toda la razón.

¿Qué futuro les espera si la universidad se está convirtiendo en un instrumento más del mercantilismo reinante, y las catedrales del saber están a punto de ser dinamitadas por las ciegas leyes del mercado?, se pregunta realmente preocupada sin poder dormir una noche más a pesar de considerarse absolutamente dichosa.